

Una nueva coyuntura de polarización y creciente resistencia popular

El contexto regional del golpe de Estado

Luis Paredes

“Lo que pasó en Honduras no es anecdótico. No se arregla comprando constitucionalistas para que digan que no hubo golpe porque, salvo el Ejecutivo, se mantienen ‘intactos’ los demás poderes del Estado. (...) Sacaron a un presidente en pijamas. El desenlace que se perfila representa un fuerte retroceso para las democracias de la región y una seria amenaza para la estabilidad de sus sistemas políticos. Hace dos años, ni el más afiebrado conspirador imaginaba un golpe militar en Latinoamérica. Hoy (...) *todas las opciones vuelven a estar sobre la mesa*. Ya lo saben los autonomistas bolivianos, los magnates bananeros de Guatemala y Ecuador, los oviedistas paraguayos, los discípulos de D’Aubuisson en El Salvador, los ex contras nicaragienses, los fedecamaristas venezolanos y los hacendados piqueteros de Argentina” (“Dictadura posbananera”, Santiago O’Donnel, *Página 12*, 2-8-09).

La introducción del factor militar en la vida política latinoamericana ha terminado decantando *una nueva coyuntura con elementos reaccionarios y polarización en la región*. Se trata de la cuarta desde que se abrió el actual ciclo de rebeliones populares con el comienzo del siglo XXI, ciclo que continúa vigente. La primera consistió en las rebeliones populares propiamente dichas. La segunda estuvo marcada por el ascenso al gobierno de los “progresismos” en sus distintas variantes (de Chávez a Lula). La tercera, por la mediatización de la rebelión por estos mismos gobiernos y el surgimiento de oposiciones de derecha conservadoras. La cuarta está señalizada por el golpe de Estado en Honduras.

Se trata de un contexto con crecientes elementos reaccionarios, creciente polarización entre determinados estados (Colombia, Venezuela y Ecuador), pero también por un proceso de resistencia popular a estos mismos zarpazos (Honduras).

Parte de esta misma tendencia es el despliegue de siete bases yanquis en Colombia, acontecimiento que ha marcado otro elemento de peso. La política para Latinoamérica del gobierno de Obama se ha venido deslizando crecientemente hacia la derecha al compás de la profundización de la crisis hondureña.

Sin embargo, nunca se debe perder de vista que el *quid* de toda coyuntura política está en la evolución concreta de la lucha de clases y que a los zarpazos reaccionarios, como “rebote”, le puede seguir una radicalización de la experiencia de los explotados y oprimidos, como está ocurriendo en el país “catracho” (denominación nacida en la resistencia a las invasiones filibusteras del naciente imperialismo yanqui a mediados del siglo XIX).

Así, hoy la clave de toda la evolución regional es la resistencia de masas antigolpista que se está llevando adelante en Honduras, sin que esté escrito todavía su desenlace.

EL FACTOR MILITAR VUELVE A LA ESCENA

El primer elemento para dar cuenta de esta nueva coyuntura es cómo el factor militar ha vuelto a la escena política latinoamericana. En la historia de la región, y más aún en Centroamérica, reiteradas veces la clase dominante, de la mano del imperialismo yanqui, ha apelado al poder “desnudo”: el garrote represivo de las FF.AA.

A diferencia de las últimas décadas, en que las FF.AA. han sido “garantes” del poder burgués pero el mecanismo por excelencia de la dominación ha sido el engaño de las masas mediante las elecciones, en otras circunstancias históricas esta dominación se ejerció directamente *manu militari*. La historia de los golpes militares en toda la región es suficientemente conocida como para volver a recordarla aquí.

Desde hace más de 20 años, las burguesías regionales y EE.UU. han impulsado lo contrario: la apelación a los mecanismos del engaño como forma privilegiada para hacer valer sus intereses de clase.

Esto ha implicado contradicciones en los últimos tiempos. Por la vía electoral han emergido una serie de gobiernos burgueses reformistas que no responden directamente a los dictados yanquis, y en ese contexto Honduras marca la eventualidad de que los golpes militares –o una versión “atenuada”, siglo XXI, de ellos, sujeta a cómo termine el experimento en Honduras– se transformen nuevamente en una alternativa para el ejercicio de la autoridad.

Esta claro que ambas vías nunca han sido excluyentes: determinados regímenes políticos, como el de Uribe en Colombia, vienen combinando ambos componentes, garrote y zanahoria, en distintas proporciones. La novedad es que con el golpe en Honduras y el establecimiento de nuevas bases norteamericanas en Colombia, la introducción del factor militar está pegando un salto en calidad que no deja de ser una amenaza al proceso de rebelión popular latinoamericano: “No hace falta ser un experto militar para comprobar que con la entrega de estas bases Venezuela queda completamente rodeada, sometida al acoso permanente de las tropas del imperio estacionadas en Colombia, amén de las nativas y los ‘paramilitares’. A ello habría que agregar el apoyo que aportan en esta ofensiva en contra de la revolución bolivariana las bases norteamericanas en Araba, Curaçao y Guantánamo; la de Palmerola, en Honduras; y la IV Flota, que dispone de suficientes recursos para patrullar efectivamente todo el litoral venezolano. En Paraguay, EE.UU. se aseguró el control de la estratégica base de Mariscal Estigarribia, que cuenta con una de las pistas de aviación más extensas y resistentes de Sudamérica. También en ese país dispone de una enorme base en Pedro Juan Caballero” (Atilio Borón, *Página 12*, 8-8-09). Tampoco se debe perder de vista el desmesurado ejército

de Colombia, el segundo después de Brasil en Sudamérica pero el relativamente más grande respecto de su población y el mejor equipado por EE.UU., con 253.900 efectivos.

Desde ya que el desenlace de la actual lucha antigolpista en Honduras no dejará de ser un factor de primer orden: los elementos de “militarización” de la vida política regional se reafirmarán o no dependiendo del resultado de esta heroica lucha.

HABLANDO BAJITO PERO LLEVANDO UN GRAN GARROTE

“Se trata de un *aumento desmesurado e inédito de la presencia militar norteamericana* en la región, en momentos en que ningún país sudamericano es una amenaza directa para su seguridad. La Guerra Fría quedó atrás, pero esto se da en el marco del crecimiento de Brasil como jugador global. El horizonte estratégico de las políticas de EE.UU. en la región es Brasil” (J. Tokatlian, *La Nación*, 9-8-09).

Un factor de importancia de la coyuntura regional tiene que ver con la política de Barack Obama, definida hoy por su cada vez más reaccionario papel en Honduras (y ahora las bases en Colombia). Como atinadamente señalara el politólogo argentino Atilio Borón: “Barack Obama, a quien los perpetuamente desorientados ‘progres’ europeos y latinoamericanos continúan confundiendo con Malcolm X, está siguiendo al pie de la letra los consejos de Theodore Roosevelt, el padre de la gran expansión imperialista norteamericana en el Caribe y Centroamérica, cuando dijera ‘speak softly and carry a big stick’, es decir, ‘habla bajito pero lleva un gran garrote’. Con su política de remilitarización forzada de la política exterior hacia Latinoamérica y el Caribe, Obama se interna por el camino trazado por su predecesor” (*Página 12*, cit.).

Precisamente, respecto de Honduras, el gobierno de Obama se ha caracterizado por ir cada vez más hacia la derecha. En los primeros días del golpe, Obama había aparecido por los medios “condenándolo”, quizá todavía preocupado por la necesidad de recuperar la legitimidad perdida de EE.UU. frente a los pueblos del mundo y la región. Sin embargo, con el transcurrir de las semanas, lo que se observa es lo mismo que ocurre en prácticamente todos los demás frentes de su gestión: un permanente corrimiento hacia la derecha.

En el caso de Honduras, el gatopardismo imperial de Obama tiene cada vez menos de “gatopardismo” y más de defensa de los intereses permanentes del imperialismo en su patio trasero: “En 1929, queriendo explicar lo fácil que era comprar un congresista, Samuel Zamurray, alias ‘Banana Sam’, presidente de la Cuyamel Fruit, empresa rival de la United Fruit, afirmó que ‘un diputado en Honduras cuesta menos que una mula’. Al final de los años 80, el presidente José Azcona Hoyos admitió el sometimiento de Honduras a la estrategia de EE.UU., confesando: ‘Un país tan pequeño como Honduras no puede permitirse el lujo de tener dignidad’. Hoy, la relación económica con la gran potencia

estadounidense es de *dependencia casi absoluta*: hacia allá va el 70% de sus exportaciones (plátanos, café y azúcar); y de allí llegan unos 3.000 millones de dólares que envían a sus familias en calidad de remesas 800.000 hondureños emigrados. Y el capital principal (40%) de las fábricas maquiladoras (de mano de obra barata) en zonas francas es estadounidense” (*Le Monde diplomatique*, agosto 2009). Es muy ilustrativa esta confesión de Manuel Zelaya: “Yo pensé hacer los cambios dentro del esquema neoliberal. Pero *los ricos no ceden un penique. Todo lo quieren para ellos*. Entonces, lógicamente, para hacer cambios hay que incorporar al pueblo” (ídem).

Con un cinismo descarado, “Obama Sam” acaba de declarar que “no tiene un botón” para apretar en el sentido de lograr el restablecimiento de Mel Zelaya en el gobierno hondureño (todos sabemos que EE.UU. sí tiene ese “botón”... y lo ha apretado varias veces). Más aún, acusó de “doble discurso” a aquellos “que se la pasan hablando contra la intervención de EE.UU. en Latinoamérica” y quieren que ahora su gobierno actúe contra los golpistas...

Aquí el doble juego ya es escandaloso: la política de condena en las palabras y ausencia total de todo hecho en el sentido de dar algún paso efectivo contra los golpistas muestra la caída de una careta que Obama ni siquiera alcanzó a calzarse. El brete de Honduras lo está obligando a dejar de lado toda veleidad discursiva, porque la verdad es que EE.UU. se siente mucho más cómodo con Micheletti que con Zelaya.

Además, en la administración yanqui parece dominar el criterio de que dada la heroica resistencia popular hondureña, una eventual salida de la dictadura, aun mediatizada por los tramposos acuerdos de San José de Costa Rica, podría ser vista como un triunfo popular: la principal preocupación de Obama para la región es que el ciclo de rebeliones populares no pegue un salto que lleve a cuestionar mucho más consecuentemente la subordinación al imperialismo.

LA TÁCTICA DEL APACIGUAMIENTO, O DONDE MUEREN LAS PALABRAS

“Apaciguamiento” se llamó a la fracasada política de los gobiernos de la democracia burguesa imperialista frente a la guerra civil española y el ascenso de Hitler en Alemania. Salvando las distancias, el “progresismo” continental, incluso en sus expresiones más verborágicas como Hugo Chávez, ha venido teniendo una orientación similar frente al golpe hondureño, dados sus *insalvables límites de clase*.

Todos ellos se han ido en palabras y más palabras sin ser capaces de tomar *una sola medida práctica* contra el gobierno de Micheletti: no han sido capaces de convocar a una sola manifestación seria en sus países (y mucho menos a nivel continental) de repudio al golpe en Honduras y a la creciente militarización del continente. ¿Alguien vio una concentración de masas en Caracas convocada por Hugo Chávez? ¿O en La Paz o El Alto llamada por Evo Morales? ¿O en la región centroamericana, alguna convocatoria llevada adelante por los gobiernos del FSLN (Ortega) o el FMLN (Funes)? Nadie las vio porque no exis-

tieron: se trata de una verdadera vergüenza, que repite punto por punto la historia de las direcciones reformistas de toda la vida. Tampoco las organizaciones de masas que les son fieles han movido un dedo.

Quizá haga falta recordar aquí la historia de la ignominiosa salida del poder de un Juan Domingo Perón en la Argentina de 1955, de un Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954 o, algo más cerca en el tiempo, de Allende en Chile en 1973, todas circunstancias cortadas por la misma tijera: ¡la negativa de los gobiernos “progresistas” a organizar a las masas populares para la lucha anti-golpista!

Con las lágrimas de cocodrilo de la OEA, la Unasur, el Mercosur, el ALBA y todas las demás instituciones regionales, la historia se repite: la política del apaciguamiento no podrá parar a los golpistas. Tampoco las rondas negociadoras como las de Arias en San José de Costa Rica, en las que se ha concedido todo a los golpistas (salvo la restitución condicionada de Zelaya).

También en este sentido hay antecedentes recientes, incluso en Centroamérica, respecto del rol de la “mediación” del mismo presidente costarricense Arias en oportunidad de la revolución nicaragüense en los años 80 (grupo Contadora, Esquipulas, Sapoa), a la cual el sandinismo y el FLMN de El Salvador capitularon en toda la línea, entregando el proceso revolucionario (ver *Historia general de Centroamérica*, tomo VI, Madrid, FLACSO, 1993).

En todo caso, la impotencia de estas instituciones cuando de lo que se trata es de los intereses populares demuestra una vez más su carácter de organismos capitalistas que no cuestionan la sumisión al imperialismo yanqui.

GOLPE DE ESTADO DEL SIGLO XXI

“¿Tienen miedo? ¡No! ¿Tienen miedo? ¡No! Entonces, adelante, adelante, que la lucha es constante” (consigna cantada por la resistencia en las calles de Honduras).

Sin embargo, la realidad regional es mucho menos simple de lo que analistas superficiales podrían creer. Como dicen nuestros compañeros del PST: “No estamos ante una situación normal de la lucha de clases, sino frente a uno de sus picos más altos, donde *toda la vida cotidiana respira política* y la movilización de masas es permanente y generalizada” (Boletín Interno 36 del PSTH).

En el mismo sentido, un diario argentino abiertamente golpista informa que “el gobierno de Micheletti se encuentra acosado diariamente por manifestaciones, bloqueos de rutas y tomas de edificios por parte de miembros del denominado Frente Nacional de Resistencia contra el golpe de Estado, que exige la restitución de Zelaya” (*La Nación*, 9-8-09).

El golpe ha significado una polarización de la lucha de clases del país como pocas veces se ha visto. Hay aquí una tremenda contradicción que hace al carácter mismo del golpe hondureño: la situación sigue siendo de “golpe de noche, rebelión popular de día”. No es que los golpistas no estén firmemente

instalados en el poder y que lo que están enfrentando las masas hondureñas no sea un golpe de Estado hecho y derecho. Pero no hay muchos antecedentes de que 40 días después de un golpe de Estado se siga manifestando una resistencia popular de masas que impide toda normalización del país.

Es evidente que haber logrado estar al frente del país por cinco semanas es un triunfo de los gorilas, cuyo control del país, por ahora, no parece posible desafiar. Sin embargo, existe en la situación política hondureña una enorme contradicción: *el país no ha sido normalizado* bajo ningún parámetro que se considere, y la resistencia sigue siendo masiva y heroica.

Pero cuando a una dictadura no se le tiene miedo es un gravísimo problema para ella, dado que por su propio carácter debe generar respeto, autoridad, terror. Más en un contexto en que la dictadura no las tiene todas consigo: “Los daños que ya ha sufrido Honduras y el riesgo de que la situación social, política y económica empeore es motivo suficiente para reconocer errores, para no desaprovechar cualquier posibilidad de diálogo a fin de ponerle fin a la crisis y reconciliarnos con el mundo que, sin excepción, no considera legítimo al gobierno actual” (página web del diario golpista *El Herald* de Honduras, 10-8-09).

La situación hondureña muestra los alcances pero también los límites de esta coyuntura con elementos reaccionarios: sólo parece haber espacio para una suerte de “golpe de Estado del siglo XXI”, que no parece todavía tener espacio para producir un baño de sangre, aunque en los últimos días haya venido apretando el torniquete represivo y en cualquier giro de las circunstancias podría apretarlo mucho más. Pero una dictadura que es desafiada diariamente, una dictadura que a la vez convive con una suerte de rebelión popular, es una contradicción que sigue buscando cómo resolverse.

UNA TENDENCIA HACIA LOS EXTREMOS

A Lula y Cristina Kirchner no les gustaron las palabras de Hugo Chávez en la última reunión del Unasur en el sentido de alertar que se comienzan a sentir en la región “tambores de guerra”. Por supuesto, las bravuconadas verbales del presidente venezolano nunca pasan a los hechos. Sin embargo, esto no quiere decir que lo que haya señalado no sea verdad. Como dice el analista Juan Tokatlian: “De todo el conjunto de América Latina, sin lugar a dudas, lo que hoy tenemos en el mundo andino es inusitado en términos de tensiones y pugnas. Si uno tiene perspectiva histórica, esa región, que ha sido la más estable en el último medio siglo, cuenta ahora con los mayores niveles de polarización y conflicto” (*La Nación*, 9-8-09).

La polarización que introduce el nuevo factor militar en la vida política latinoamericana plantea el elemento que señala Chávez: la región puede terminar deslizándose a *un escenario más polarizado, más cruzado por conflictos en las relaciones entre Estados, incluso enfrentamientos militares y/o más golpes reaccionarios. Pero atención: también de mayor radicalización de masas y de res-*

puestas, ahora sí, *revolucionarias*. Ésta es la dialéctica clásica de la polarización social y política de la lucha de clases.

En el contexto del ciclo político regional de conjunto y de la crisis económica mundial en curso, el factor militar incorpora elementos de polarización en la coyuntura no sólo a derecha, sino eventualmente también hacia la izquierda. Precisamente por eso esta realidad tiene su reverso y concreto peligro para los de arriba: en las últimas décadas la política capitalista privilegiada ha sido la “mediación” democrático-burguesa, evitando como a la peste los extremos, derechistas e izquierdistas.

Hace más de un año señalábamos: “El conjunto de estos elementos actúa en las condiciones de una creciente crisis económica mundial, así como de una crisis de hegemonía del imperialismo yanqui. Estos elementos mundiales tienden a recrear un escenario internacional con rasgos más ‘clásicos’, en el sentido de que quizá se puedan observar en el futuro próximo más contradicciones interestatales e interburguesas de lo acostumbrado en las últimas dos o tres décadas” (periódico SoB 121).

El curso reaccionario debilita la mediación democrático-burguesa e introduce un elemento imprevisible: la eventualidad de que la polarización abra paso a un *desborde por la izquierda*, revolucionario, factor que ha estado ausente en todos estos años.

No vaya a ser que de la mano de una tendencia a la polarización de los intereses económicos, sociales y de clase y del adelgazamiento de los tradicionales mecanismos de la democracia patronal vía zarpazos reaccionarios se termine abriendo paso efectivamente la apertura de un período de crisis, guerras y revoluciones en Latinoamérica.

